

A C A N T I L A D O

Marta Carnicero Hernanz
Coníferas

TRADUCCIÓN DE PABLO MARTÍN SÁNCHEZ



CONÍFERAS

MARTA CARNICERO HERNANZ

TRADUCCIÓN DEL CATALÁN
DE PABLO MARTÍN SÁNCHEZ

ACANTILADO
BARCELONA 2020

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2020 by Marta Carnicero Hernanz
© de la traducción, 2020 by Pablo Martín Sánchez
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-18370-11-3

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
noviembre de 2020



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Oscar,
My first, my last.*

*Para Roser,
que lo habría leído.*

*Para Montse,
que nos dejó su sonrisa.*

Para Laia y Abril, siempre.

*Llegia distret el color d'unes roses
en uns versos d'Ausoni, quan, de sobte,
emergiren del record uns llavis,
els teus.
Visió fugaç d'un o dos segons, no més.
Em vaig descobrir fent per no perdre'ls.
Com qui rescata tombes d'un cementiri
d'un poble que s'ha de negar sota un pantà.

Era tan poc, o tant, que t'estimava.*

MANUEL FORCANO, *Corint*

Todo el mundo tiene un secreto, un pacto que firma consigo mismo. No hablo de esos secretos que se guardan por instinto, por miedo o por lealtad, de esos que te incomodan sólo cuando los recuerdas pero te ayudan a ir tirando. Hablo de los otros, de los que te dejan el alma en carne viva aunque intentes enterrarlos; de los que llevas contigo, dentro, encima. Nada visible, en apariencia; nada alarmante. Nada que te identifique entre la masa de cuerpos que circulan por las entrañas de la ciudad como si el resto, centenares de cuerpos tan anónimos como el tuyo, formasen parte del mobiliario. A lo sumo, cierto desengaño, como un peso sobre los hombros, una pizca de acritud en el carácter que te hermana con tanta gente de vida solitaria como la tuya. Porque la vida es así, esa vida que intentabas esquivar: nada de pueblos idílicos alrededor de un lago, vecinos que se saben tu nombre o chicas que te saludan desde el otro lado de la ventana. Hablo del mundo real, de una herida invisible que has intentado negar y no se cierra. Y no puedes decir nada: por algo es un secreto y tú has decidido que lo fuera. Siempre ahí, como un compañero de celda a quien no conviene molestar.

No puedes decirme nada que no sepa; yo también he vivido esta historia. Cambia el escenario, sí: el pueblecito de casas bajas que has elegido, la vuelta a una vida que no concuerda con el hombre que eras fuera, con quien te encontrarás en cuanto vuelvas. ¿Qué harás, Peluchito, cuando todo esto acabe? ¿Retomar el piano como si nada? ¿De verdad crees que podrás?

Ni siquiera sabes para qué has venido. Voy a contártelo, para eso estás aquí, ante este espejo que nos pone al uno frente al otro.

Voy a contártelo. Compartir un secreto con uno mismo no es romper el pacto.

PRIMERA PARTE

Could a greater miracle take place than for us to look through each other's eyes for an instant?

HENRY DAVID THOREAU, *Walden*

1

Era la segunda vez que lo hacía, pero aún no había recibido nada. De todos modos, el trayecto hasta New Ithaca resultaba agradable a mediados de septiembre; bastaba con bajar las ventanillas para estar fresco, sin necesidad de poner el aire. La carretera partía en dos el horizonte rojizo y el chirrido de los grillos llegaba de los matorrales que asomaban a ambos lados del asfalto. Desde que vivía en las Walden había bajado a la ciudad cuatro o cinco veces, siempre por asuntos que no había podido resolver en el pueblo. En el pueblo no había bares con conexión; nadie habría aceptado ser visto en un lugar así.

En New Ithaca quedaban dos buzones, que supiera: uno en los bajos del ayuntamiento, junto al juzgado de paz, y otro en el centro comercial, en el extremo norte de la ciudad. Cuando llegó, la gente hacía cola en el cine y las luces ya estaban encendidas. Antes de dirigirse al buzón, sin embargo, se desvió hacia la entrada del *drive-in*. Sabía que nada más pisar la ciudad se dejaría tentar por todo lo que detestaba, pero al volver a casa le daría pereza cocinar y el hambre le pareció una buena excusa para la autoindulgencia. Tampoco iba tan a menudo a la ciudad y, además, no recordaba qué tenía en la nevera.

La dependienta llevaba una cola alta, una placa con su nombre y un fino brazaletes tatuado en la muñeca. Le pareció un detalle vagamente sexi, aunque no supiera decir si el interés procedía de la muñeca o del tatuaje. Pidió una cerveza y un vegetal con pollo y mayonesa. Se le ocurrió hacer la broma del sándwich de pollo que quería ser vegetariano cuando la voz de la joven lo devolvió a la ventanilla. ¿Lo

quería todo XL, por noventa céntimos más? Era una oferta. Le pareció excesivo, pero respondió Porsupuesto como si acabara de pedirle que escaparan juntos. Perfecto, contestó la chica sin levantar la mirada, mientras apretaba muchas más teclas de las que parecían necesarias.

—Serán siete con setenta. ¿Nombre?

—¿Perdona?

—Para recoger el pedido a la salida.

—Claro. Disculpa. Joel. Joel Oria.

Rebuscó en la cartera sin dejar de mirar a la chica, que se afanaba en hacer saltar el esmalte de una uña despintada.

—Lo siento—dijo sacando un billete grande—. He pasado por el cajero y...

—No hay problema.

Aprovechó para leer el nombre que ponía en la placa. No los habían presentado formalmente, pero no tenía importancia; si querían, ahora ya podían llamarse por el nombre. Además, Traci le parecía muy adecuado. Había elaborado todo un corpus sobre chicas que eligen la i latina cuando es evidente que va con y griega, pero aquélla en concreto—ya fuese por la muñeca, o por el tatuaje, o por ambas cosas—se había encaramado directamente al podio de las Tracies, de las que había conocido y de las que le quedaban por conocer. Sin duda habría un chico esperándola a la salida todas las noches. Una Traci siempre tiene a alguien, con o sin esmalte.

—El cambio, señor.

Habría deseado preguntarle cuántos *señores* conocía que pusieran el despertador una hora antes para salir a correr; cuántos *señores* de cuarenta y pocos que consiguieran dar la vuelta al lago, tres días a la semana, mientras los vecinos remoloneaban en sus camas intentando ignorar las ganas de mear que te despiertan al alba. Un trueno, no muy lejano, le hizo volverse para descubrir que el cielo se había encapotado por el este y brillaba de un modo imposible por el otro lado.

—Señor...—La voz lo devolvió a la ventanilla.

El siguiente aspirante a menús colosales avanzaba ya, conquistando un espacio que no le correspondía, y arrancó sin comprobar el cambio, con la imagen de los dedos lamentables de la chica soltando las monedas en la palma de su mano.

Bajó a echar la carta sin apagar el motor. Conducir más de una hora para mandar una carta, teniendo un buzón a tres minutos de casa, era una de esas acciones que sólo el anonimato ayuda a vivir como si fueran menos estúpidas. La razón le hacía dudar a cada instante, pero si había llegado hasta allí no era para regresar con un sobre en el bolsillo. En la ciudad nadie lo conocía; de hecho, se atrevería a decir, en la ciudad nadie conocía a nadie. Y en el improbable caso de haber sabido quién era, nadie se extrañaría al leer su nombre en el sobre, en el espacio reservado al destinatario, ni al ver el nombre de su calle debajo. Ni uno solo de los habitantes de la ciudad lo habría juzgado por dejar en blanco el espacio del remitente, ni por mirar a ambos lados antes de echar el sobre en el buzón como si estuviese haciendo algo reprobable.

Al entrar en el coche, unas gotas enormes como cagadas de pájaro empezaron a oscurecer la acera, estallando en el parabrisas con un ruido sordo mientras subía las ventanillas para volver a casa.

2

Al principio no se le había ocurrido ninguna estrategia, y eso que estaba acostumbrado a los recién llegados. De vez en cuando aparecían por la Comunidad nuevas familias, pero a menudo acababan yéndose porque les costaba adaptarse. Las que llegaban con adolescentes tenían más puntos para fracasar, y a veces se iban sin dar explicaciones y sin dejar ningún contacto; las parejas con niños, en cambio, solían mostrar una determinación admirable y, si no se divorciaban por el camino—en cuyo caso uno de los dos terminaba por irse, o se iban los dos, sobre todo si el divorcio lo había provocado alguien de dentro—, acababan convirtiéndose en piedra angular de la Comunidad. También estaba el intelectual, o el artista, que se instalaba en las Walden porque el personaje que se había creado lo pedía a gritos. Al propio Joel lo habían incluido al principio en esta categoría, hasta que los vecinos comprendieron que se habían equivocado en el pronóstico y lo aceptaron como miembro de pleno derecho. También había visitantes de fin de semana y estudiantes con ganas de aislarse, pero se trataba de casos particulares, pues no pretendían formar parte de una comunidad con los valores de antes: lo que los atraía era el silencio y la desconexión; el hecho de que, si no eres una presencia que palpita en las redes, existe un mundo donde quien palpita eres tú.

Entonces había llegado ella, un perfil nuevo que no admitía predicciones, y había suscitado más preguntas que respuestas. Para empezar, nadie recordaba a chicas solas. El economato era un hervidero de conjeturas, y algunas mujeres mayores—alentadas por Marjo, que pasaba dema-

siadas horas etiquetando conservas y botes de champú—aprovechaban para inventarle un pasado infeliz o proyectar en ella frustraciones mal digeridas. Alina se había convertido en tema de conversación y, viendo el interés que despertaba—y las pocas novedades que llegaban a comunidades semiaisladas como las Walden, que rechazaban todo medio de comunicación que no existiera, en el mejor de los casos, en el siglo XX—, todo parecía indicar que se mantendría en el *ranking* de cotilleos, sin ningún problema, hasta el final del verano.

A Joel no le costó imaginarle una vida a la recién llegada. Que las casas de la calle hubieran sido construidas en una sola fase, con una distribución similar, le permitía establecer paralelismos. A través de los ventanucos tintados de la escalera podía verla en la cocina, y el comedor, situado en la parte posterior de la casa, tenía un ventanal abierto de pared a pared. El dormitorio—y la cocina de nuevo, pero ahora vista desde arriba, en escorzo—quedaba cubierto desde la habitación de invitados, en la primera planta, donde él tenía el estudio. Desde el porche, donde Joel se tumbaba a leer por las tardes cuando aún hacía bueno, dominaba el patio trasero, el tendedero y la tumbona.

Lo más curioso, pues no lo había pensado nunca, fue descubrir hasta qué punto un espacio podía cambiar con la iluminación adecuada. Alina había puesto en su casa varias plantas, un tapiz, cojines por todas partes y una colcha que invitaba a la molicie; una mesa maciza, en la cocina, rodeada de sillas dispares y, sobre todo, un montón de luces indirectas de diversos tamaños y colores que salpicaban las paredes con la calidez de las bombillas antiguas. Él no era un hombre de plantas—le bastaba con el verde de las coníferas que poblaban los alrededores—, pero tenía que admitir que, en su casa, las luces encastradas del comedor iluminaban la estancia de manera homogénea, sin gracia, con aquel sofá de cuero marrón demasiado tieso y aquellos cojines que parecían mucho menos esponjosos que los cojines de Alina. No podía decirse que a su casa le faltara cali-

dez—a las casas de madera nunca les falta, le gustaba pensar, cuando el suelo te corteja crujiendo a cada paso como una mascota indolente que se alegra de verte—, pero la de Alina se notaba vivida a los cuatro días de vivir en ella. No podía ser cierto todo aquello que se contaba en lo de Marjo: cada vez que miraba la casa descubría un detalle nuevo, cada objeto era señal de vida plena. En comparación con todos ellos, los suyos—las estanterías combadas por el peso de los libros, la alfombra blanca, impoluta, donde le gustaba hundir los pies mientras leía—parecían un intento desesperado de llenar las tardes, una broma: un esfuerzo por simular una vida como la de aquella recién llegada que, sentada al piano, no necesitaba nada, ni a nadie, para ser feliz.

3

Sin duda, Emma lo tenía calado desde hacía tiempo, pero él fingía no saberlo. Por la parte de atrás, los tres patios estaban alineados, con el de Joel en medio y los de Emma y Alina a ambos lados, separados entre sí por una mínima valla. Emma se había instalado con sus padres en las Walden cuando aún era pequeña e hija única, y ahora estaba en esa edad indefinida en que eres capaz de reconocer un club de carretera sin haber visto nunca ninguno, pero no sabes muy bien qué ocurre dentro.

Leía al sol con los pies sobre la silla, como si tuviera toda la vida por delante o quizá precisamente porque sabía que la tenía. Últimamente—y eso también debía de saberlo—Joel salía al patio con cualquier excusa: para cortar el césped, para leer, para recoger la ropa tendida.

—No está—dijo Emma haciendo visera con la mano para mirarlo.

—¿Cómo dices?

—No muy alta. Delgada, pecosa, como un chaval que acaba de liarla. De ésas a las que les queda tan bien el pelo corto que te entran ganas de cortártelo igual aunque sepas que a ti te quedará como el culo. ¿De verdad me estás diciendo que no sabes de qué hablo? Porque te pasas el día saliendo a mirar.

—...

—Haríais buena pareja. O sea, un pelín joven para ti, pero tampoco hay que ponerse tiquismiquis.

—Sí que estás aburrída.